



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

MIÉRCOLES 15 DE OCTUBRE DE 1873.

NÚM. 135.

LA LUZ.

De todas partes se levantan enemigos contra Roma. De todas partes se alza contra ella terrible y espantoso clamoreo. Los pueblos todos, al ver las exajeraciones ultramontanas en que cae en el último día de su vida, se han levantado contra ella, temerosos de que quiera resucitar ideas muertas, antiguallas condenadas por la religion y por la ciencia. Y ha contribuido á este fin el que las naciones todas han visto que Roma, fiel á sus principios, moría siendo más política que religiosa, y más mundana que divina. Si en Suiza, en Alemania y en otros puntos se ha entablado una guerra terrible entre el clero y los poderes constituidos, débese á que aquel, siguiendo sus viejas tradiciones ha decidido obedecer al Papa antes que al Gobierno de su país y se ha manifestado contra este ingrato, rebelde, y hasta faccioso. En vez de ser mensajero de paz y de armonía, él es el que provoca la guerra y el que la sustenta en todas partes. No respetando en nada el derecho nuevo, quiere vivir como en aquellos tiempos en que todos los privilegios eran para él, en que él solo era el centro de toda vida, y en que él era el que dominaba la sociedad; y cuando no se lo consenten, se desespera, batalla, protesta y lucha. Estos días referian los periódicos que se iba agravando el conflicto subsistente entre la Iglesia católica romana y el Gobierno alemán. El arzobispo Posen había sido multado nuevamente.

¿Aconseja el Papa á los reverendísimos arzobispos y obispos de las diferentes diócesis del mundo la paz, la armonía, la concordia con las potestades terrestres? Nada menos que eso. Desde su rincón del Vaticano él mismo no hace más que llorar los tiempos pasados; echar de menos las pompas anti-cristianas que le deslumbraban y con que él deslumbraba; orar porque Dios realice restauraciones de iniquidades imposibles que están muertas y bien muertas. Un día dice á los que van á visitarle que espera ángeles del cielo que exterminen á sus enemigos; o ro día acaricia con júbilo la idea de que se siente en el trono de Francia un príncipe de la familia borbónica y le devuelva no sólo el exiguo patrimonio de San Pedro, sino todos los antiguos Estados pontificios.

¿Por qué no dirige Su Santidad una pastoral á los curas que andan en armas por esta tierra de España? ¿Qué medidas ha tomado contra el obispo de Urgel tan célebre por su estúpida ignorancia como por su oscuro fanatismo, que ha ingresado há tiempo en las huestes carlistas? ¿Es ese su puesto? ¿No hay pena en los cánones contra los prelados insurrectos y guerrilleros? ¿O es que acaso estamos todavía en los tiempos en que los grandes obispos y los grandes abades salían á caza armados de todas armas, apaleaban á sus siervos ó los colgaban de la almena de la torre abacial? ¿Acaso un obispo moderno puede asistir á las cargas de la bayoneta de los batallones navarros ó á las cargas de la antigua caballería de Pélula?

Desengañémonos; el catolicismo ha perseguido siempre un fin más bien político que religioso y hoy le persigue lo mismo. Hubo un tiempo en que conquistó y conquistó y no se cansó de conquistar; hubo otro en que ya no pudo hacer más que conservar lo conquistado, y hoy se limita á ambicionar algo de lo mucho que poseyó en otros tiempos. Y los procedimientos que sigue no son los más á propósito para obtener el fin que pretende. Con ellos está despertando las últimas antipatías que aún no había despertado. Dios ha condenado á morir al coloso por haberse olvidado del fin para que Dios le dió vida. En nuestro sentir, la muerte del actual Papa será poco menos que la muerte del catolicismo. Y apelamos al tiempo. Toda institución que olvida su fin en la vida, muere desacreditada y perdida para siempre.

¿CUÁL DEBE SER LA CONDUCTA DEL CRISTIANO EN EL EJÉRCITO?

Una vez admitido que el cristiano debe tomar las armas cuando el Gobierno de su país se lo exija, ó cuando su patria esté en peligro, veamos la manera de portarse en el ejército. Si en todas las partes y en todos los sitios el cristiano debe ser ejemplo constante de virtud, mucho más debe serlo en el ejército; donde seguramente la moralidad y las buenas costumbres no son lo que más domina. Allí debe hacer la vida que hacía antes de ser soldado. Debe ser piadoso, morigerado, obediente á sus superiores. No debe olvidar las prácticas cristianas; no debe olvidar la lectura de los libros santos y debe procurar difundirla entre sus

compañeros. Si no puede hacer oraciones en voz alta, las hará en el fondo de su corazón, que para Dios es lo mismo. Este sistema de vida le atraerá quizá la animadversión de sus compañeros y las burlas, los sarcasmos lloverán sobre él. ¿Pero cuándo, cuándo, en qué tiempo, un verdadero cristiano no ha tenido que sufrir en cualquier condicion de la vida por Jesucristo? Y el campo que se ofrece á sus trabajos, es vastísimo. ¿Quién me dice á mí que un soldado fiel y verdadero creyente no puede ser un apóstol, un misionero, un predicador constante con el hecho y con la palabra para sus compañeros? Y doblemente en el cuartel, en que los ociosos son tan grandes. En vez de pasar el tiempo en conversaciones vanas, cuando no criminales, ¿no podrá el soldado cristiano hablar á sus amigos de Jesucristo, de su muerte expiatoria y de todo lo que ha hecho por nosotros? Si una vez recibían sus palabras con alianzas y burlas, otras veces las recibirían de otro modo y al cabo alguno habría que vendría á Jesús. Con esta conducta, el soldado cristiano sería citado siempre como modelo por sus jefes á sus compañeros; sería la honra del regimiento y su ejemplo es indudable que arrastraría, si no á muchos, á algunos.

Pero viene ahora la cuestion verdaderamente importante. Si el cristiano debe hacer esto en tiempo de paz y en el cuartel, ¿qué debe hacer en la guerra y en el campamento? Esta pregunta es muy difícil de contestar. Cuando las cornetas suenan, cuando la señal de ataque se dá, es muy duro, durísimo, el trance en que se pone al cristiano de verter su sangre ó hacer derramar la de otro. ¿Qué debe hacer? Las leyes de la guerra dicen que herir mucho y hacer el mayor mal posible; pero las leyes del cristianismo dicen que hacer el menos daño posible y herir tan solo cuando nuestra vida corra riesgo; si no no se hace. En la misma guerra puede ejercer la santa caridad; cuando vea caer á uno á su lado, debe ayudarle, restañarle la herida si puede, conducirlo hasta la primera ambulancia, y si está á las puertas de la muerte, consolarle y hablarle del buen Salvador que murió por dar la paz á los hombres que se empeñan obstinadamente en crueles y sangrientas guerras.

Llegado el caso de penetrar en una ciudad sitiada ó de tomar cualquier pueblo al enemigo, no debe robar, saquear, incendiar, asesinar. Si sus jefes mismos le incitaran á ello,

debe desobedecerles resueltamente. Nadie tiene derecho para mandar el mal. Al contrario, si sus compañeros lo hacen, debe intentar disuadirlos de esta barbarie, echarles en cara su indigno proceder, impropio de soldados de pueblos civilizados, y debe proteger en cuanto esté a su alcance al viejo, a la joven, al niño que le demanden auxilio contra la brutalidad de sus compañeros. En estas ocasiones puede hacer muchos bienes y muchos beneficios si tiene energía y celo verdaderamente cristiano.

Estas reglas, y todas aquellas que su buen ingenio guiado por Jesucristo le sugiera, debe seguir el soldado cristiano, y así será un bien en medio del mal, una luz en medio de las tinieblas.

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS.

I.

¿Qué son los Evangelios apócrifos, y en general un libro apócrifo? Designanse bajo este nombre los antiguos escritos compuestos en tiempos de la sinagoga y de la Iglesia para la edificación de los fieles, y que sin embargo no han sido aceptados como libros inspirados por Dios ó canónicos, para constituir una regla de fe y de vida. En esta categoría general de los libros apócrifos, aquellos que son conocidos bajo el nombre de Evangelios, se refieren á la historia evangélica y más ó menos indirectamente á la persona de Jesús. Esta clase de libros forma ella sola toda una literatura, de la que una buena parte, es cierto, se ha perdido, pero de la cual quedan aún notables é importantes restos.

Los Evangelios apócrifos se dividen en muchas especies. Aprovechando una distinción usada en crítica, Miguel Nicolás, que ha escrito un libro sobre los Evangelios apócrifos, ha ordenado un tanto esta materia un poco confusa. Divide estos libros en tres clases; los Evangelios apócrifos judíos, los anti-judíos ó gnósticos, y en fin, los Evangelios apócrifos llamados *ortodoxos*. Algunas objeciones pudiéramos hacer á esta clasificación; pero como quiera que basta para el fin que nos hemos propuesto, no nos detendremos á examinarla.

Los Evangelios apócrifos correspondientes á las dos primeras clases revisten comunmente ciertos caracteres; unos y otros son heréticos y servían de fundamento á los diferentes puntos de vista de algunas sectas que se apartaron del cristianismo en los primeros tiempos; estos libros no salieron del estrecho círculo en que vivían los sectarios que los produjeron, y de consiguiente tienen poca importancia para la historia. Si los grandes doctores católicos no hubiesen creído conveniente refutar estos escritos, ni aun su título habría llegado hasta nosotros; en la actualidad, los libros apócrifos de estas dos especies no nos son conocidos sino por algunas indicaciones de los santos padres. Han perecido en su gran mayoría. Los obispos y los Papas trabajaron mucho por hacerlos desaparecer, como lo asegura el abate Migne? ¿Destruyeron por medio del fuego estos monumentos de la herejía, cuyo contenido refutaron con su pluma y con su palabra? Es posible, aun cuando no tenemos una certeza absoluta para asegurarlo. Sin embargo, si fuera así, esta precaución fué casi innecesaria. Estos escritos debían desaparecer con las ideas en cuya defensa habían sido compuestos.

A pesar de las diferencias que los distinguen, los Evangelios apócrifos de estas dos primeras categorías, no se parecen bajo muchos aspectos. Los primeros, dice Mr. Nicolás, llevan la señal manifiesta del espíritu judío. El cristianismo no está presentado en estos libros sino como una renovación ó un perfeccionamiento de la antigua alianza. Las tendencias prácticas dominan en ellos, y si en la mayor parte se encuentra un cierto número de

verdades theosophicas, puede uno convencerse de que no formaban parte del texto primitivo y que han sido ingeridas en él cuando el judeo-cristianismo se dejó invadir por el espíritu gnóstico. Las principales producciones de esta clase eran el Evangelio segun los hebreos, el de los Ebionitas, el de los Clementinos, el de Pedro, el de los Elkesaitas, etc.

Los Evangelios gnósticos tenían por el contrario un color anti-judáico más ó menos pronunciado á pesar de las diferencias que entre ellos mismos habia. Para los más exajerados el judaismo era el producto de un espíritu de tinieblas. Para otros más tolerantes tenía solamente algunas imperfecciones y era en conjunto una mezcla de errores y de verdades. En todos los escritos de esta clase, sin embargo, se observaba una tendencia á atacar el judaismo que no hacia una distinción suficiente entre la nueva alianza y la antigua.

Los principales Evangelios de esta categoría eran el de Maricon, el de Eva, el de la Perfección, el de las grandes y pequeñas preguntas de Maria, el Evangelio cainita de Judas y despues los Evangelios maniqueos de Tomás, de Felipe y de la Natividad de la Virgen. Todavía pudieramos añadir otros muchos títulos de Evangelios apócrifos, á esta lista.

Los Evangelios apócrifos denominados *ortodoxos* están muy lejos de haber guardado entre sus páginas la fe de los apóstoles. Deben su nombre tan solo á que no favorecían la herejía. No llevan impreso el carácter de secta y su carácter dogmático no está bien definido. Reproducen tan solo con una extraordinaria fidelidad las creencias populares católicas de los tiempos de su redacción.

Algunos Evangelios de esta clase no han nacido en el seno de la Iglesia, sino que habiendo sido redactados por cualquier escritor anónimo, han sido recibidos en buen hora por el pueblo cristiano, que les ha hecho servir para su edificación. Reproducidos desde aquel instante por numerosas copias y tolerados por las autoridades eclesiásticas que nada encontraban en ellos contrario á la fe, han llegado hasta nosotros, y son los solos Evangelios apócrifos que poseemos. Su número no pasa de diez. Es posible que algunos de esos libros aún no hayan sido descubiertos; quizá alguno de ellos, oculto bajo el polvo de las colecciones manuscritas, espere la llegada de algun sábio afortunado y le entregue á la publicidad. De esta tercer clase de Evangelios apócrifos, que por la importancia del papel histórico que juegan en los primeros siglos de la Iglesia llaman nuestra atención, nos ocuparemos tan sólo.

¿Merecen estos Evangelios apócrifos llevar el nombre de Evangelios que el uso comun les ha dado? ¿Este título glorioso está justificado por su contenido? Podrá dudarse cuando nos demos cuenta exacta de esta expresion.

El Evangelio ó Buena Nueva, porque esta es la significacion de aquella palabra, como es sabido, es el anuncio hecho á todos de que Jesucristo, el Hijo de Dios, «ha venido á buscar y á salvar lo que se habia perdido.» «Dios ha amado tanto al mundo, que ha dado su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él crea no se pierda sino que tenga vida eterna.» Jesús de Nazaret ha realizado cumpliendo la voluntad de Dios, por sus predicaciones públicas, por su vida perfecta, por sus obras gloriosas, y en fin, por su muerte, su resurrección, y su ascension al cielo, la obra de la salvación del linaje humano, salvación prometida por los profetas del Antiguo Testamento. Este es el Evangelio, esta es la Buena Nueva.

Un Evangelio es un libro destinado en el pensamiento de su autor, á hacer una exposicion auténtica y original de este gran suceso. Hay muchos escritos de este género. De esta clase y ante todo, es preciso citar los cuatro relatos por excelencia que han llegado á ser canónicos. La Buena Nueva constituye evidentemente el fondo de estos libros; sus autores han creído con ardor las verdades evangélicas, Jesús ha realizado perfectamente

segun su narracion el plan de salvacion para el mundo, trazado de antemano en la profecía. En su ardiente convicción quieren hacer partícipes de ellas á sus lectores, y á este efecto desprecian todo lo que no entra como parte integrante y esencial en esta historia de la realización de la salvación del hombre, y con mayor razón lo que es extraño á este grande objeto, ocioso ó indiferente. Y como estos cuatro relatos presentan el mismo gran hecho, y cada uno bajo un punto de vista particular y con un fin especial, sin excluirse recíprocamente, antes bien completándose los unos á los otros y agrupando cada uno los materiales de esta historia bajo un punto de vista personal y original, con completa justicia se les ha dado el nombre de Evangelios, con el cual han sido siempre designados.

Para decirlo en una palabra, sin duda á este fin preciso tan puramente concebido y tan vigorosamente llevado á cabo hasta en los menores detalles de estos escritos, es á lo que debe atribuirse su extrema sobriedad histórica. ¡Cuántos personajes habia en aquel tiempo de los que hubiesen podido hablar los cuatro evangelistas, si hubiesen querido, y de los que sin embargo no han dicho una palabra! Si se consideran estas obras como simples memorias, como algunos lo han intentado, ¡cuántas lagunas no presentarían! Y para limitarnos á la gran figura del Salvador, ¡cuántas cosas interesantísimas no se hubieran podido escribir de él! Pero qué cuidado tan especial de permanecer fieles al plan que se han trazado! ¡Qué lección tan severa en sus recuerdos! ¡Qué preocupación tan continua de las grandes líneas del cuadro, de la parte saliente de la obra del Maestro! Para el grande interés religioso y moral que la Buena Nueva pretende despertar, lejos de faltar nada á nuestros Evangelios, están llenos, digámoslo muy alto, de todo aquello que nos es preciso para asegurarnos la entera posición de la verdad sobre la obra del Salvador y la realización de nuestra salvación. Despues de haberlos leído y releído con atención, obsérvese que nada falta en cada uno de los puntos de este gran drama, en todo aquello que se refiere á las necesidades del alma. Si hablamos aquí de algunas lagunas que se descubren en los libros santos, ellas no existen seguramente más que para una vana curiosidad de imaginación, que considerando á los personajes de la historia evangélica como héroes de una novela ó de un drama, quisiera conocer en detalle toda su vida y el cuadro completo de sus aventuras. Esta manera de considerar el relato sagrado, apresurémonos á decirlo, es la de un niño y la del pueblo, niño tambien, cuando la gracia de Dios que restituye todas las cosas á su verdadero ser, no toca su corazón. Compréndese sin esfuerzo que bajo el punto de vista de la simple curiosidad y alejado del espíritu sério y práctico de nuestros libros santos, se puede echar de menos algun detalle en los Evangelios.

¿Cuál ha sido, por ejemplo, la existencia del Salvador durante esos treinta años de oscuridad y de vida privada que han precedido á su entrada en su ministerio público y de la que aparte de un solo rasgo que se encuentra en Lucas los relatos canónicos no dicen nada? ¿Cuál fué la vida de Jesús cuando niño, cuando adolescente y cuando joven? Despues de su muerte relatada con tantos detalles en los libros canónicos, ¡qué misteriosos sucesos tuvieron lugar en su alma santa mientras que su cuerpo reposaba en el sepulcro de José!

Y su madre la Virgen María, ¿qué era antes del momento en que aparece ya adulta en el relato sagrado? ¿Cuál fué su juventud, cuál fué su nacimiento? ¿Cuál fué su linaje? ¿Quiénes fueron su padre y su madre, personas piadosas sin duda? ¿De qué suerte pasó una vida tan favorecida? ¿Cuál fué el fin de su esposo el piadoso carpintero José? Despues que el Salvador hubo dejado al mundo, ¿qué fué de tantas personas que iluminadas momentáneamente por un rayo de la luz divina, vuelven á entrar bien pronto en la oscuridad, tales como Nicodemo, José de Arimatea, Pilatos mismo

y tantos otros? Estas son unas series de preguntas naturales en cierto modo y á las que el texto sagrado no suministra ni debia suministrar respuesta. Ellas hubieran llevado á los autores sagrados lejos del fin á que únicamente aspiraban. Precisamente porque se proponian escribir los Evangelios, debian, repito, guardar un absoluto silencio sobre estos asuntos.

Otra cosa sucede con los relatos de los Evangelios apócrifos, cuyos autores tenian un fin diferente.

EL CONGRESO DE COSTANZA.

Hace cerca de cuatro siglos reuniase en la pequeña ciudad de Costanza el famoso Concilio que debia reformar la Iglesia y que debia echar las raices de la Reforma. Llamado este Concilio á reformar, de él surgen las primeras protestas contra los abusos del clero y los abusos de la corte romana. Allí se escuchan palabras enérgicas. La voz de Juan de Huss y de Gerónimo de Praga son sofocadas por medio de las llamas. En el Concilio de Costanza fué promulgada y puesta en práctica la doctrina de que no se debe guardar al hereje la fé jurada; en el Concilio de Costanza la Iglesia penetró en el camino por el que la vemos hoy dar los últimos pasos y que ha hecho de ella una institucion incapaz de toda reforma.

El pensamiento se remonta involuntariamente á aquellos tiempos pasados, al ver hoy á los viejos católicos de Alemania y de Suiza echar las bases de la constitucion de su futura Iglesia. Hoy no puede Roma como en aquellos tiempos lo hacia impedir que un número determinado de creyentes se reuna, discuta y se separe de ella. No pudiendo hoy usar los medios materiales de represion que usaba entonces, ¿qué vá hacer hoy la Iglesia de los Pontífices en presencia de los cismas que en frente de ella se presentan continuamente? Esta es la cuestion. Ahora como en el siglo XV se trata de rechazar una autoridad despótica que no ha hecho más que adulterar el Evangelio y reinar de un modo absoluto y bárbaro sobre las conciencias. La imposicion que ha querido ejercer Roma hoy sobre las almas es la que ha hecho ponerse de acuerdo á los católicos viejos de Suiza y algunos de Alemania, los cuales se han encontrado unidos por vez primera en una sola Asamblea.

¿Serán más felices en sus intentos los viejos católicos que lo fueron sus predecesores de hace 300 años? Así lo esperamos; tanto más, cuanto que el modo de proceder de este Congreso no ha sido ni podia ser semejante al de aquel Concilio. Serfa ciertamente hacer un insulto á los hombres eminentes en ciencia y en piedad que se han reunido en Colonia hace unas cuatro semanas, compararlos con los mundanos prelados que asistieron al famoso Concilio de Costanza, los cuales eran criados, servidores, y hasta hijos de las concubinas de los Papas. Los Schulte, los Reinkens, los Friedrich, los Reusch son cristianos sinceros y convencidos, y si están discordes en algunos puntos secundarios de doctrina, están unánimes en creer que ya es hora de que termine su papel la corte romana y que todos los verdaderos cristianos vengán sinceramente á Cristo. No están devorados, como los altos prelados del romanismo, por el deseo de conquistar honores é influencia, ni riquezas ni siquiera nombre; solo ansían el adelantamiento del reino de Dios y la posesion para todos de las verdades del cristianismo. No puede ponerse en duda su completo desinterés y su absoluta sinceridad. Esta es la causa por la que algunas asociaciones protestantes, tales como la Sociedad de Gustavo Adolfo y la Alianza Evangélica, han querido dar á esta Asamblea una prueba de simpatía cristiana enviándola por medio de diputaciones muchos benévolos y fraternales saludos.

Hay que reconocer, por otra parte, que las resoluciones que han tomado los viejos católicos son de tal naturaleza, que merecen llamar la atencion

general. En materia de constitucion eclesiástica, especialmente de querer volver á la pureza y sencillez de la Iglesia primitiva, á lo ménos á la pureza y sencillez que deben reinar en Iglesias regidas episcopalmente. El nuevo obispo electo, Doctor Reinkens en su primera pastoral establece: «Que su eleccion ha sido hecha con arreglo á las antiguas tradiciones de la Iglesia cristiana en que el pueblo y los pastores tomaban parte en la eleccion del obispo.» El proyecto de organizacion eclesiástica, ha sido adoptado casi por unanimidad en el Congreso de Costanza, estableciendo como base de la iglesia la parroquia, la cual nombra de entre los individuos de su seno un consejo de ocho ó diez personas; la parroquia misma, la propia parroquia, elige á su párroco, á su vicario y á su representante en el sínodo, tornando á ella de esta suerte el derecho de nombrar sus directores espirituales, derecho de que se habian incautado los obispos y los Papas. El sínodo estará compuesto en partes iguales por eclesiásticos y laicos, y la comision permanente que debe asistir al obispo en el desempeño de sus funciones, está formada por cuatro sacerdotes y cinco laicos, dando de esta manera otra prueba de tendencia sinceramente reformadora de la Asamblea de Costanza. Por otra parte, creimos que los viejos católicos intentarían alguna reforma en lo relativo al culto; bajo este punto de vista han creído conveniente no hacer lo que se esperaba de ellos, porque han creído que reformar una Iglesia en todo aquello que dentro de ella constituye su fuente de vida, es tanto como reformar su doctrina. Algo más que esto hizo Juan de Huss, del cual debian haberse acordado los que han asistido al Congreso de Costanza. El habia puesto como base de su reforma la Palabra de Dios y queria que ella fuese así el fundamento de la fé como el del gobierno de la Iglesia. «Probadme, decia con la Escritura en la mano á sus enemigos; probadme con la Biblia, que es la regla de mi fé, mis errores y yo estoy pronto á firmar mi retractacion.»

Pero en verdad toda reforma que no esté basada sobre este principio está llamada á desaparecer. La historia lo ha manifestado así, narrándonos la inutilidad de los esfuerzos realizados por reformar la Iglesia romana sin alterar profundamente sus dogmas. Por esto tememos que el movimiento germánico que tan hermosas esperanzas despertó, esté llamado tambien á desaparecer sin dejar huella tras sí.

¡Quiera Dios que nos equivoquemos y que este Congreso de Costanza produzca frutos de bendicion atrayendo al seno de los viejos católicos, muchos católicos, papistas, inspirando á todos el deseo de abandonar para siempre los dogmas romanos, no aceptando otros que los que están contenidos en la Palabra de Dios!

MEDITACION.

Considera, oh, cristiano, lo que has venido á hacer en este mundo.

¿Qué fin tienes que cumplir en esta vida? ¿Qué mision has traído á esta tierra?

¿Habeis olvidado ya vuestras liviandades? ¿Os habeis olvidado como hasta aquí de lo que deberíais haber hecho, ó habeis hecho lo que deberíais haber olvidado?

¿Puede decirse de vosotros lo que el apóstol Pablo decia á los Corintios?

«Porque todavía sois carnales: pues habiendo entre vosotros celos y contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andais como hombres?»

Me temo que sí.

Andais como hombres naturales y no como cristianos regenerados.

La doctrina del buen Maestro no ha pasado de vuestros lábios; no ha llegado á vuestro corazón. Hablais y no practicais, decís y no obráis.

Sois como una casa sin cimientos, como un rio sin cauce, como un templo sin Dios.

¿Habeis venido á la vida tan sólo para el mundo?

Pensad que antes que nada habeis venido para Dios.

Sois criaturas suyas; le perteneceis. Él tiene derecho á reclamaros.

Ha hecho el mundo para vosotros y despues os ha dado á su Hijo Jesucristo.

¿Pudiera nadie por mucho que os hubiera amado haber hecho más por vosotros?

«Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente.» (1.ª Corintios, II, 14.)

¿Qué verdaderas son estas palabras!

Todo lo mira el hombre carnalmente. La carne es su delicia, es su placer y su muerte al mismo tiempo.

Los cristianos son pocos, pero los cristianos verdaderamente espirituales son ménos.

¿De qué depende esto?

¿Cuál es la causa de que el hombre esté más apegado á la tierra, debiéndolo estar al cielo, que en definitiva ha de ser su habitacion eterna?

Nuestra poca fé, nuestra poca confianza en Cristo.

Mirad lo que haceis. El ciego que cae en el hoyo que encuentra en el camino tiene disculpa porque no vé; pero el que tiene la vista clara y limpia y cae por su descuido en el barranco del camino, no tiene fácil absolucion.

Escuchad lo que dice la Palabra de Dios.

«La obra de cada uno será manifestada, porque el día la declarará; porque por el fuego será manifestada y la obra de cada uno cual sea, el fuego hará la prueba.»

Ya lo sabeis.

El fuego hará la prueba de vuestras obras.

Cristo es de Dios y vosotros sois de Cristo; y sin embargo, á pesar de que Él mismo ha dicho que sois suyos, vosotros no quereis ser del Hijo de Dios ni por vuestra fé ni por vuestras obras.

Haceis lo que aquel esclavo á quien se le diera la libertad y dijera: «No, mejor quiero permanecer en mi mazmorra y entre mis cadenas.»

Como el ave enjaulada á quien se le abriera la puerta de su prision y no quisiera escaparse.

¿Es esto justo, racional siquiera?

¿Quién es mejor amigo vuestro que Cristo?

¿Quién mejor compañero? ¿Quién mejor hermano?

Él os amó primero. Aunque no fuera más que porque la simpatía engendra la simpatía y el amor engendra el amor, ¿no habeis de responder vosotros al suyo con el vuestro?

El fin eterno de la vida del cristiano debe ser este: vivir en Cristo, perderse en Cristo.

«Y todo lo que hagais, sea de palabra sea de hecho, hacerlo todo en el nombre del Señor Jesús dando gracias á nuestro Dios y Padre por Él.» (Col. III, 17.)

¿El que ama á una persona no lo hace todo pensando en ella? Todo lo que hagais hacerlo pensando en Cristo, y es seguro que entonces no hareis ninguna obra mala.

LA ÚLTIMA PRUEBA. (1)

Si alguna duda pudiera quedar al partido carlista de su impotencia para alcanzar, ni pacíficamente, ni por la fuerza de las armas, el triunfo de sus aspiraciones, lo que le viene su cediendo en esta última y desastrosa tentativa deberia haberla disipado.

Más de un año hace que el carlismo levantó de nuevo su negro pendon de guerra, primero en Cataluña y despues en las Provincias Vascongadas: durante ese largo período, España ha pasado por

(1) Insertamos el siguiente artículo de un periódico, como prueba de lo que hemos sostenido siempre que el absolutismo jamás volverá á implantarse en nuestro suelo.

las situaciones más críticas que puede atravesar un país.

Y ocurrieron los horribles asesinatos de Montilla y los crímenes de Falset y los incendios de Alcoy, y España se vió huérfana de Gobierno y en ninguna parte se veía un núcleo de fuerza verdaderamente organizada más que la que defendía la causa de D. Carlos, y á pesar de que un pueblo es capaz de arrojar hasta en brazos del extranjero para escapar de las garras de la demagogia, para poner á salvo la honra de sus mujeres, la vida y la propiedad de sus hijos y la vida propia, el pueblo español ha repugnado más la idea de ser dominado por el carlismo que la de pasar por una humillante intervencion de la Europa en nuestras rencillas domésticas.

No, de nada serviría que negásemos lo que ha pasado á la vista de todo el mundo. Ha habido durante el verano último, cuando todas las rebeldías parecían haberse puesto de acuerdo para proteger directa ó indirectamente la causa carlista, cuando las fronteras, principalmente la francesa, estaban completamente abiertas para los partidarios del Pretendiente, cuando los prefectos legitimistas de los Bajos Pirineos les prestaban todo género de auxilios, cuando la Providencia, en fin, parecía haber decretado la ruina de la libertad en España, momentos en que nos parecía imposible que no avanzase resueltamente hácia Madrid una columna carlista para tomar posesión del vacante trono de San Fernando, del solitario alcázar de nuestros Reyes.

Tenemos la seguridad de que cualquiera otra causa, sin exceptuar ninguna, que hubiese contado en aquellos momentos con un general valiente, como lo son cualquiera de los cabecillas carlistas, y un ejército de 8 á 10.000 hombres, se habría paseado desde Irún hasta Cadiz sin encontrar dificultades insuperables en su camino.

¡Tal era el hambre y sed de algo que se pareciese á Gobierno que sentía este infortunado país!

Pues bien: sin embargo de todos estos poderosos elementos interiores y exteriores; sin embargo de tan favorable conjunto de circunstancias, el carlismo no ha adelantado en realidad un sólo paso.

Como esas plantas que sólo pueden vivir en ciertas latitudes y en terrenos refractarios á toda cultura, el carlismo ha aumentado de volumen, gracias á la libertad con que podía desarrollarse, pero no ha logrado propagarse fuera de las dos zonas de España en que hasta el aire que se respira está saturado de los dos grandes elementos de los gobiernos absolutos, la ignorancia y el fanatismo.

Allí, en Cataluña, donde aún se eleva sobre todas sus montañas la que sirve de eterno pedestal al monasterio de Monserrat, y donde se han convertido los templos católicos en lupanares de inmundas orgías con asistencia de las autoridades; allí, en aquel pueblo industrial donde el nervio social lo constituye esa clase media que dispone con una mano de grandes capitales acumulados por el ahorro, mientras pone todavía la otra en el telar y donde se ha puesto empeño en deprimir á todo lo que algo valia, sometiénolo al brutal imperio de una olocracia trastornada por el fermento de las malas pasiones, ha podido vivir Saballs imponiendo contribuciones á pueblos indefensos y aterrados por el desenfreno de una soldadesca indisciplinada.

Allí, en el Norte, donde el clero ha tomado á su cargo desmoralizar el país con su vida licenciosa, apoderándose del corazón de los seres más débiles para implantar el fanatismo en el seno de las familias, ha podido mantenerse el carlismo arrancando de su hogar á viva fuerza á los mozos que no querían seguirle voluntariamente; pero ¿qué ha sido de esa causa en el resto de España?

Pequeñas partidas reclutadas entre los individuos más pobres de cada localidad á quienes se alucinaba con grandes promesas y cuyos instintos aventureros se acariciaban con la expectativa del

merodeo y de continuas correrías, han salido de multitud de poblaciones pequeñas; pero á pesar de la falta de fuerzas del Gobierno; á pesar del descontento de los pueblos por los delirios del federalismo, no han encontrado acogida en ninguna población de mediana importancia, disolviéndose á la sola presencia de un corto destacamento de la Guardia civil ó de voluntarios.

Pero ¿qué ha sucedido en el Norte y en Cataluña tan luego como ha existido el propósito de disciplinar el ejército y de reorganizar el benemérito cuerpo de artillería?

No necesitamos decirlo cuando se halla á la vista de todos.

Aquellas huestes carlistas que blasonaban de invencibles hasta el punto de que sus periódicos insultaban á nuestros soldados, pidiéndoles por Dios que no volvieran la cara al enemigo, no han vuelto á tener un sólo encuentro favorable, y muchos de sus jefes más caracterizados discurren hoy pesarosos, cabizbajos y desengañados por el Mediodía de Francia, maldiciendo el momento en que se decidieron á verter la sangre de sus hermanos para entronizar al fugitivo de Oroquieta, entregado en cuerpo y alma, como su imbécil abuelo, á un indigno prelado intolerante, fanático, antipático á la causa de la humanidad, que es la causa del progreso.

Hora es, pues, ya de que el carlismo desista definitivamente de sus insensatas pretensiones y de que deje de verterse estérilmente preciosa sangre española, tan necesaria para reanimar nuestro abatido comercio, nuestra decaída industria, nuestra abandonada agricultura.

Cualesquiera que sean las circunstancias por que España atraviase en lo porvenir, es seguro que no volverán á presentarse otras tan favorables para su triunfo como las que hemos venido atravesando desde el 11 de Febrero hasta la suspensión de las sesiones de las Cortes y que lijeramente hemos enumerado.

El clero, que ha sido el alma de esta guerra civil, tal vez no ha sido tratado por la revolución con la justicia que merece, tal vez no ha sido atendido en sus derechos como debe serlo; pero no ha de esperar del absolutismo, ni dignidad, ni prestigio, ni independencia, ni aun siquiera ventajas materiales.

Cada uno de esos infelices párrocos, que desoyendo las sugerencias del carlismo ha permanecido al lado de sus feligreses ostentando en su pálido rostro, en sus callosas manos, en sus pobres vestiduras, la miseria, el trabajo y la resignación, ha hecho tantos partidarios para la causa de la religión católica como enemigos le ha creado ese tipo maldito del cura guerrillero que sólo existe en España y en Méjico.

La voz del derecho y de la justicia, que no puede hacerse oír entre los horrores de la guerra civil, se levantará solemne y magestuosa en la paz, y entonces esos verdaderos mártires del deber serán atendidos, teniendo acaso la gloria de haber redimido con su espíritu de caridad á los que han hecho todo lo posible para desterrar de España el catolicismo, llevándole como bandera del carlismo que ha hecho su última prueba.

TODO AMA Á DIOS.

Yo contemplo tu poder
Dios justo, Dios poderoso,
Cuando en bosque silencioso
Oigo las aves cantar.
Te bendigo cuando el sol,
Con sus vivos resplandores,
A los campos dá colores
Y reflejos á la mar.

¿Quién es el ingrato, nécio,
Que te niega y te maldice,

Y al no saber lo que dice
Comete infame baldon?
¿Quién es aquel obstinado
Que al ver una flor hermosa
En su alma no rebosa
La alegría y la ilusión?

Infeliz que ese camino
De escollos tantos sembrado
Si le sigue, mal parados
Sus pasos llegan á ser,
Y entonces, cuando á la vista
Vé su triste desventura,
En vano entonces procura
De su enemigo vencer.

Ven conmigo, y en el bosque,
Bajo una opulenta encina,
Reflexiona y examina
Del alto cielo el poder.
¿Ves el manto azul que cubre
La grande esfera radiante?
Sé fiel siempre y sé constante
Amando á quien la dió el sér.

¿Ves cuán grato se desliza
A tus piés ese arroyuelo
Y vá recorriendo el suelo
Hasta su fin encontrar?
Pues entre murmullos mil
Que pronuncia en su carrera
Vá diciendo: ¡quién lo oyera!
«Amo á Dios, le debo amar.»

¿No ves qué lindo follaje
Nos presta su verde manto?
Allí nos aguarda en tanto
Aquella divina flor.
Entre el aroma oloroso
Que sus tallos despedía,
Escucha lo que decía:
«Yo bendigo á mi Señor.»

Se oculta el sol, y á su vez
Ofrece á su Dios tributo,
El dá á los árboles fruto
Y á los campos el verdor;
Y hasta la noche que infunde
El respeto más profundo
Aquí á los ojos del mundo,
Alaba á su Creador.

Yo también te amo, Señor,
También te canta mi lira
Y también cuando te admira
Se llena de confusión.
Dame, oh tú, Dios de Israel,
Un rayo de tu luz pura,
Para poder con holgura
Cantar cantos en tu prez.

M. FERNANDEZ.

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO, con textos del Nuevo Testamento, según la traducción del Padre Felipe Scio.

(Continuación).

Micheas, vi, 6, 8. ¿Qué cosa digna ofreceré al Señor?
¿Doblaré la rodilla al Dios excelso? ¿Por ventura le ofreceré holocaustos y becerros de un año? ¿Pues qué, puede el Señor aplacarse con millares de carneros ó con muchos millares de gruesos machos cabríos? ¿Ó le ofreceré mi primogénito por mi maldad, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? Te mostraré, oh hombre, lo que es bueno y lo que te demanda el Señor. Esto es, que hagas justicia y que ames la misericordia y que camines solícito con tu Dios.

Salmo L, 48, 21. Porque si hubieras querido sacrificio, lo hubieras sin duda ofrecido; tú no te deleitarás con holocaustos. Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado; al corazón contrito y humillado no lo despreciarás, oh Dios. Haz bien, Señor, á Sion con tu buena voluntad, para que se edifiquen los muros de Jerusalem. Entonces aceptarás sacrificio de justicia, ofrendas y holocaustos, entonces pondrán sobre tu altar becerros.

Salmo ciii, 8, 14. Compasivo y misericordioso el Señor, de mucha espera y muy misericordioso, no estará enojado para siempre ni amenazará eternamente. No nos ha tratado según nuestros pecados, ni nos ha retornado según nuestras maldades. Porque cuanto es alto el cielo sobre la tierra, tanto ha corroborado su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tanto ha alejado de nosotros nuestras maldades. Como el padre se compadece de los hijos, se ha compadecido el Señor de los que le temen. Porque él conoce nuestra hechura; acordóse que somos polvo.

Errores y abusos en la Iglesia romana.

Observación previa. Como la Iglesia romana se divide en clérigos y laicos ó en un estado de los que mandan y otro de los que obedecen, la culpa de los abusos que existen dentro de la Iglesia muy válidos, deben ser atribuidos muchas veces al clero. El clero es responsable de lo que tolera porque tiene el poder de prohibirlo y abrogarlo. En los siguientes párrafos hablaremos de algunos asuntos, en los cuales tal vez se nos dirá: Esta es la doctrina de la Iglesia; y los que esto dicen, tendrán tal vez en alguna manera razón, porque las resoluciones del Concilio de Trento han sido formuladas con mucha astucia y sutileza. Pero esto no nos impedirá luchar contra los abusos. No es el objeto de estas hojas calumniar á la Iglesia, sino ganar las almas para la verdad salvadora del Evangelio. Después de esta observación corta vamos á la cosa misma.

1. El católico espera ordinariamente ser salvo, aceptando los preceptos de la Iglesia, observando las leyes y usos eclesiásticos y llevando además una buena conducta. Pero él se engaña y abriga falsas esperanzas. Para poder entrar en el reino de Dios se necesita una regeneración. Aquella opinión falsa tiene su fundamento interior en el error acerca de la perversidad natural del hombre después de la caída de Adam. Se enseña que el hombre después de la caída, aunque privado de los dones de la gracia divina y puesto bajo la culpa mortal de los primeros padres, tiene todavía sus poderes naturales del conocimiento y de la voluntad debilitados, sí, pero sin embargo bien conservados é incorruptos. De esta enseñanza se sigue, que el hombre no tiene más que servir de estos sus poderes naturales para poder hacer lo bueno, y que él con la ayuda de los dones de la gracia que le da la Iglesia debe y puede vencer á esta debilidad de la naturaleza.

Refutación. Tal enseñanza y opinión es contraria á la Palabra de Dios. Esta enseña no solamente una debilitación de la naturaleza humana, sino una transmutación en lo malo. El hombre caído se ha hecho de un amigo, enemigo de Dios y amigo del diablo, á quien él en su concupiscencia obedece. El hombre necesita por eso para su salvación no solamente un mejoramiento y una ayuda, sino una renovación de su ser, quiero decir, una regeneración.

San Juan, iii, 3, 2. Jesús respondió y le dijo: «En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciere de nuevo.» Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre y nacer otra vez? Jesús respondió: «En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo. Lo que es nacido de carne carne es, y lo que es nacido de espíritu espíritu es. No te maravilles porque te dije: Os es necesario nacer otra vez.»

1.ª Corintios, ii, 14. El hombre animal no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son una locura y no las puede entender por cuanto se juzgan espiritualmente.

Efesios, ii, 1, 3. Y vosotros estando muertos por vuestros delitos y pecados en que anduvisteis en otro

tiempo conforme á la costumbre de este mundo, conforme al Príncipe de la potestad de este aire, que es el espíritu que ahora obra sobre los hijos de la infidelidad, entre los cuales vivimos también todos nosotros en otro tiempo según nuestros deseos carnales, haciendo la voluntad de la carne y de sus pensamientos y éramos por naturaleza hijos de ira como también los otros.

Génesis, viii, 21. El sentido y el pensamiento del corazón humano son propensos al mal desde su juventud.

Salmo L, 9. Mira que yo he sido concebido en iniquidades y en pecados me concibió mi madre.

2.ª Corintios, iii, 5. No que seamos suficientes de nosotros mismos para pensar algo como de nosotros, mas nuestra suficiencia viene de Dios.

Observación. En todos estos pasajes no se habla de una debilitación sino de una perversion, de una transmutación en lo contrario. Una ayuda para los poderes débiles existentes no basta, sino la comunicación de una cosa nueva, del Espíritu Santo, es necesaria, y la transmutación y conversión á lo bueno que es efectuado y promovido por esta comunicación. Esta transmutación que debe efectuarse en lo más íntimo del hombre, llama el Señor Jesús una regeneración ó nacimiento nuevo del agua (que significa la remisión de los pecados), y del Espíritu Santo, (quien crea el corazón nuevo). Lo que la Iglesia romana llama regeneración según su doctrina, ya se efectúa en el santo bautismo.

Tito, iii, 4, 6. Mas cuando apareció la bondad del Salvador nuestro Dios, y su amor para con los hombres, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, mas según su misericordia, nos hizo salvos por el bautismo de regeneración y renovación del Espíritu Santo, el cual difundióse sobre nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador.

Observación. También de estas palabras se deja ver claramente que el acto anterior del bautismo con agua no es en sí mismo la purificación de los pecados y la comunicación del nuevo espíritu, sino que significa solamente la realidad de la cosa. Fácil es conocer que la gran mayoría de los que son bautizados anteriormente, no son hijos de Dios regenerados y por el Espíritu Santo renovados, sino que ellos, aunque pudiesen respetar y observar mucho los usos eclesiásticos, han quedado hombres viejos con sus sentimientos carnales y mundanos y andan por el camino ancho de la muerte.

2. Del primer error (que la naturaleza humana no está más que debilitada) procede el segundo, que el hombre debe cooperar por obras buenas y meritorias para su salvación. Los católicos romanos no están acostumbrados á presentarse delante del Dios bondadoso, delante del Padre que todo lo dá por amor, como hijos arrepentidos que reciben agradecidos y en la fe sus dones. Su posición es diferente de la de los que quieren ganarse por sus méritos favor y gracia para con Dios. Ellos quieren merecerlo, mientras los cristianos evangélicos todo lo reciben como un don. Estos tienen la posición de un hijo para con su padre; aquellos la de un jornalero ó trabajador para con su señor. ¿Qué diferencia aquella! ¿Con cuánta sencillez y sin cuidado, se pasea alegremente el hijo en la casa, participa y disfruta de todos los bienes espirituales y materiales del riquísimo padre! ¿Con cuánta ansiedad, cargado de cuidados, deseoso del galardón, activo, calculando, lleva á cabo el siervo su labor! Este deseo de querer ganarse con sus obras los tesoros de la gracia de la Iglesia, se muestra en las frecuentes visitas á ella: cuanto más á menudo, mas grande el mérito; en las oraciones, cuanto más numerosas, mejor; en los peregrinajes, romerías, mortificaciones, penitencias, cuanto más duras, difíciles y molestas, más se gana en ellas. ¡Ay! qué errores tan tristes.

Refutación. No se necesita más que leer sencillamente la Palabra de Dios.

Romanos, iv, 2, 5. Porque si Abraham fué justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, mas no delante de Dios. ¿Qué es, pues, lo que dice la Escritura? Abraham creyó á Dios y le fué imputado á justicia. Y al que obra, no se cuenta el jornal por gracia sino por deuda. Mas al que no obra y cree en aquel que justifica al impío, su fe le es imputada á justicia según el decreto de la gracia de Dios.

Gálatas, iv, 4, 7. Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer, hecho sujeto á la ley, para redimir á aquellos que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba, Padre. Y así ya no es siervo sino hijo; y si hijo también heredero por Dios.

San Juan, xv, 2, 15. Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido. Este es mi mandamiento, que os améis los unos á los otros como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que este, que es poner su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hiciéreis las cosas que yo os mando. No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.

4.ª San Juan, iii, 4. Considerad cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios y lo seamos. Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoce á Él.

(Se continuará.)

LOS JUDIOS.

IX.

Los autores difieren acerca del número de israelitas que fueron expulsados de España por los Reyes Católicos. Afirma el cura de los Palacios, que los judíos expulsados fueron más de 160 000; Zurita, que fueron 400.000; y Pedro Abarcá, asegura que las expulsadas fueron 170.000 familias.

Prescott dice:

«El número total de judíos expulsados de España por Fernando é Isabel, se ha calculado con mucha variedad, desde 168.000 personas, hasta 800.000. Pero el exámen de todas las circunstancias de este suceso nos conduce naturalmente y sin vacilar á adoptar el cálculo más moderado, cuya exactitud se encuentra además fuera de duda por el testimonio explícito del cura de los Palacios.»

Según un historiador, los judíos de España enviaron un emisario á Portugal con objeto de que se informara de las condiciones de aquella tierra y de las disposiciones de los naturales en favor ó en contra de ellos.

Los emisarios respondieron:

«La tierra es buena, la nación tonta, el agua es para nosotros; hareis bien en venir porque todo concluirá por ser nuestro.»

En efecto, muchos israelitas pasaron á Portugal. D. Juan II, rey á la sazón, se lo permitió con la condición de que cada uno pagaría ocho escudos de oro en precio de la hospitalidad que iban á recibir, y que en un plazo que él fijó saldrían del reino, so pena de ser vendidos como esclavos.

Uno de los actos de crueldad que pinta el carácter del piadoso D. Juan II fué el siguiente:

El gobernador de la isla de los Lagartos nuevamente descubierta y conocida después con el nombre de Santo Tomás, pidió al Rey gente para poblarla. El Rey no se paró en barras. Mandó emisarios á las casas de los judíos mandándoles que les arrebatáran sus hijos y sus hijas menores, y reunidos por este procedimiento bárbaro muchos, mandólos embarcar enviándoselos al gobernador para poblar la nueva colonia. Este era el proceder de Reyes piadosos y cristianísimos, proceder que se hubieran avergonzado de imitar los Barbarrojas y los piratas argelinos y berberiscos.

A D. Juan II sucedió el Rey D. Manuel. Habiendo llegado el tiempo en que los judíos que habían penetrado en aquel suelo, debían abandonarle y no habiendo buques para embarcarse muchos de ellos quedaron cautivos; sin embargo, D. Manuel les concedió un nuevo plazo de tres meses para que lo verificáran. Los israelitas se apresuraron á

ir á los puertos para embarcarse, pero tampoco encontraron buques.

Ocurrieron entonces escenas tristísimas. Los que no quisieron bautizarse, fueron llevados á las iglesias y amarrados á los postes, y se les echó el agua del bautismo á la fuerza sobre su cabeza: muchos, exasperados por tantos sufrimientos, se degollaron, y algunos se arrojaron en los pozos y en los aljibes, sufriendo una muerte horrible.

El clero no podía estar ocioso en esto de las persecuciones. Después de las del Rey vinieron las suyas. Fraguóse un milagro de aquellos que eran tan comunes en estos tiempos que historiamos, y el pueblo de Lisboa se conmovió profundamente.

Tratábase nada ménos que de un Cristo cuya cabeza despedía vivísima luz. Las gentes andaban atónitas con este hecho prodigioso, y lo atribuían, como era consiguiente, á efectos milagrosos. Pero un judío que no era tan estúpido ni tan fanático como los católicos de aquella ciudad observó que la luz que despedía la cabeza de aquel Cristo provenía de la reverberación de los rayos del sol sobre una cortina. Alarmados los frailes dominicos que eran los fraguadores del milagro, al saber que se empezaba á decir esto, para no perder los beneficios y las ganancias de aquel, empezaron á soliviantar á la plebe contra los judíos; amotinóse esta, invadió las casas de aquellos é hizo en ellas gran mortandad. El Rey, sin embargo, y debemos decirlo en honra suya, mandó prender á los promovedores del motin, hizo ahorcar varios frailes dominicos autores de todos aquellos desastres, y privó á la ciudad de Lisboa de poderse llamar durante tres años muy noble y muy leal.

Reservado estaba al Papa Clemente VII el dar una lección de humanidad y de tolerancia á los Príncipes y á los católicos de aquella época. Viendo el Papa que por un lado la avaricia de los reyes y por otro su fanatismo habían hecho tantos daños á aquella pobre raza proscrita y expulsada de todas partes, los autorizó para que fuesen á buscar un asilo en sus Estados, *donde podrian vivir conforme á la ley de Moisés*. ¡Singular ejemplo de tolerancia casi incomprensible en un Papa!

Los Príncipes soberanos de Italia, el Gran Duque de Toscana, Cosme de Médicis, Hércules de Ferrara y Manuel de Saboya fueron más sensatos que los Reyes de España y de Portugal, y siguiendo las huellas del Pontífice romano, permitieron á los judíos la entrada en sus tierras. Grandes desgracias ocurrieronles á los israelitas hasta poner el pie en Italia. Al llegar á Nápoles, como habían venido en los buques que los habían trasportado, unos sobre otros, amontonados, con escasos y malos alimentos, se declaró una epidemia tan terrible entre ellos, que inmenso número de familias pereció. Un escritor de aquel tiempo nos ha conservado el relato de los sufrimientos y los vejámenes que aquellos desgraciados proscritos habían sufrido:

«Nadie podía asistir sin conmoverse á los infortunados judíos, gran parte pereció de hambre, sobre todo los niños... las madres, que sin fuerza para sostener sus cuerpos desfallecidos, llevaban sus hijos en brazos, morían con ellos, estrechándolos contra su corazón desesperadas. Muchos murieron de frío, otros de una sed devoradora, porque sus enfermedades se habían agravado con las incomodidades inherentes á un penoso viaje por mar á que no estaban acostumbrados. No me detendré á hablar de la crueldad y avaricia de los patrones de los buques que los trasportaron desde España y que los hicieron sufrir horriblemente; no sólo asesinaron á varios judíos por satisfacer sus apetitos ó su avaricia, sino que á muchos les obligaron á vender sus hijos para pagar los gastos del viaje. Arribaron á Génova y saltaron en tierra á bandadas. Las antiguas leyes de la República sólo permitían á los viajeros judíos permanecer tres días en la ciudad, pero en aquella ocasión los magistrados les permitieron permanecer el tiempo necesario para carenar los buques y reponerse de las

fatigas del viaje. Hubiéranse tomado por espectros al verlos tan flacos, con los ojos tan hundidos y las fisonomías cadavéricas; en realidad no se diferenciaban de los cadáveres más que en la facultad de moverse que, puede decirse, apenas conservaban. Gran número de ellos murió en la Mala, único sitio en que les permitieron desembarcar, por estar aislado en el mar. Mas la infección producida por tantos muertos y moribundos produjo entre los judíos, en cuanto pasó el invierno, una plaga de úlceras, que poco á poco se extendió por la ciudad, degenerando en epidemia.

Tal fué la suerte que cupo á los israelitas que arribaron á Italia, donde al ménos encontraron la tolerancia de los Médicis; suerte más próspera, á pesar de los infortunios que sufrieron en el viaje, que la de sus hermanos los judíos del Mediodía de España que quisieron trasladarse al Africa, de los cuales unos perecieron en el mar, otros en Fez, y otros al atravesar el desierto, como veremos en el capítulo siguiente.

D. TOMÁS GLADSTONE.

El día 7 del corriente á las cinco de la mañana, falleció en esta población nuestro amigo y hermano D. Tomás Gladstone. Su pérdida ha sido sensible en extremo para todos aquellos que le conocían y estimaban en lo que valían sus excelentes prendas personales. De no muchos aún, todavía hubiera podido prestar grandes servicios á la causa de la ciencia y del Evangelio. El ha sido durante muchos años el maestro constante de la juventud que se preparaba en España para anunciar la Palabra de Dios; él la dirigía y la instruía preparando obreros que anunciaran la Buena Nueva. La muerte le ha cogido en mitad de su camino; era muy docto también en ciencias históricas y había pasado, en otro tiempo, antes que la revolución del 68 tuviera lugar, algunos años en el archivo de Simancas en compañía del Sr. Cánovas del Castillo y otros eruditos recogiendo documentos para diferentes obras, entre otras, una que tenía proyectada y que no ha podido llevar á sazón, sobre la historia de Felipe II y su tiempo. Era también uno de los más activos y asiduos redactores de nuestro colega *El Cristiano*. Bastaba ver un artículo literario y erudito para atribuírsele, sin temor de equivocarse, á él. Buen padre, buen esposo, buen cristiano, ha muerto en brazos de Jesucristo. Jesucristo le habrá recibido en ellos.

LA RUSIA Y EL EVANGELIO.

(Continuación.)

Y este mismo paisano ruso es el que dejando su sierra y su hacha se postra de rodillas cuando se le habla de su Salvador; se entenece y dá las gracias á aquel que le ha mostrado el cielo. Con tales disposiciones el Evangelio debía ser bien acogido, y en efecto, Dios no le ha negado á Rusia.

En el momento en que las escuelas surgían por todas partes, se imprimía en San Petersburgo una nueva edición del Nuevo Testamento en lengua vulgar, destinada por la modicidad del precio á estar en manos de todos y especialmente en la de los más humildes y pobres. Dios puso en el corazón de la emperatriz este pensamiento; ella es la que tomó la iniciativa y le puso en planta sufragando los gastos de la impresión. Ella recojerá las bendiciones de Dios y de su pueblo.

Apenas apareció la edición (1863) cuando empezó á circular como un arroyo de agua viva á través del país que estaba destinada á fecundar. En el transcurso de un sólo año, el de 1866, algunos colportores, empleados por un reducido número de amigos, distribuyeron por sí solos más de 20.000 ejemplares y numerosos hechos vinieron á demostrar que aquel que prepara el alimento para las

almas, prepara estas también para recibirle. Uno de estos colportores, hombre piadoso y devoto, ocupóse en recorrer las orillas del Volga, visitó las ciudades y los pueblos situados en ellas y en la proximidad del gran río, y estuvo en la gran feria de Nigni Nowgorod, villa central y muy populosa. Cuatro años seguidos, en el tiempo de la navegación, ha hecho el mismo viaje, penetrando á veces en nuevas ciudades y llegando hasta el mismo Astrakan, situado en la embocadura del río, y cada vez nuevas bendiciones han ido acompañando su obra y sus triunfos, y su éxito ha sido cada vez mayor. Escenas y palabras conmovedoras han regocijado su corazón, mientras atravesaba calles y plazas repartiendo libros á ricos y pobres. Algunos de ellos merecen la pena de ser referidos y los narraremos tales como nos los ha contado el susodicho colporteur.

«Durante tres días y medio, dice, esperamos el barco de vapor, que no llegaba, en las orillas del Volga. La navegación regular había terminado, y los barcos que circulaban aun andaban como querían. Muchos pasajeros de la clase pobre, obreros y artesanos, habíanse amparado en una reducida barraca cerca del embarcadero. Para hacer el tiempo ménos pesado, uno de ellos, que sabía leer de corrido, leyó á todos los allí reunidos un tratado. La última tarde que pasamos juntos yo le rogué que nos leyera un capítulo del Evangelio de Lucas. Leyó de corrido el 8.º, y el efecto que produjo sobre los oyentes fué magnífico y digno de presenciarse. Inmóviles, con la mirada fija é inclinada la cabeza, escuchaban con la atención más profunda; un marinero que se preparaba á salir permaneció de pie con su linterna en la mano y como clavado en el sitio en que estaba. Cerca de mí, una mujer sentada en el suelo, me tiró de la manga y me preguntó en voz baja:

—¿Qué libro es ese?

—El Evangelio, la contesté yo.

—¡Ah! murmuró ella, ¡qué lectura tan deliciosa!

En una ciudad es un bravo sacerdote que después de comprar á un colporteur un Nuevo Testamento, le desea la bendición de Dios y le exhorta á él mismo á leerle y á meditar la Palabra que él colporta. En otras partes es un inglés, fabricante de papel, el que reúne á sus obreros y distribuye entre ellos ejemplares del Nuevo Testamento. En otros sitios son empleados de policía que vienen á examinar las cajas del colporteur creyendo encontrar grabados políticos ó libros prohibidos; pero que al ver Biblias y Testamentos en diversas lenguas se dulcifican y ellos mismos compran algunos ejemplares. En ocasiones es un comerciante de Siberia que hace una provision de 120 Nuevos Testamentos para distribuirlos en su localidad.

En la pequeña feria de R. el colporteur había ofrecido sus libros á grupos de paisanos, pero sin éxito, cuando un hombre bien portado atravesó la multitud, examinó los libros y se puso á recomendarlos á los presentes y á los que pasaban, que se detuvieron y se decidieron á comprarlos. Dos jóvenes, tendidos sobre un trineo, detienen al colporteur á su paso, le piden uno de sus libros y se ponen á leer el título. Sacudiendo entonces vigorosamente uno de ellos el brazo de su compañero: «Hermano, le dijo, mira qué hermoso libro.» Y se puso á ajustarles con vehemencia.

MISERIA DE LA VIDA HUMANA.

Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por lo cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad; pero quien considerase los daños de la vida y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle há que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos días que duramos como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que de él nos cabe, veremos los cie- los hechos moradas de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes, donde no hay mudanza en las cosas ni hay causa de detri- mento; mas antes todo lo que en el cielo hay, per- severa en un sér constante y libre de mudanza. Debajo sucede el fuego y el aire, limpios elementos que reciben pura lumbré del cielo. Nosotros esta- mos en la hez del mundo y su profundidad, en- tre las bestias, cubiertos de nieblas, hechos mo- radores de la tierra, do todas las cosas se truecan con breves mudanzas.

A los otros animales, si naturaleza no los apar- tó á mejores lugares, armólos á lo ménos contra los peligros de este suelo... Los hombres solo son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños; perezosos en huir y desarmados para espe- rar, aun sobre todo esto, naturaleza crió pon- zoñas y venenosos animales que al hombre mata- sen como arrepentida de haberlo hecho; y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud... ¿Qué diré de la mise- ra composicion y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué diré sino que fuimos con tanto artificio he- chos porque tuviésemos más parte de poder ser ofendidos y aun en esta miserable condicion que pudimos alcanzar, vivimos por fuerza; pues come- mos por fuerza que á la tierra hacemos con sudor y fuerza porque nos lo dé; vestimos por fuerza que á los otros animales hacemos con despojo de sus lanas y pieles, robándoles su vestido; cubrímonos de los frios y las tempestades con fuerza que hace- mos á las plantas y á las piedras, sacándolas de sus lugares naturales, do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve y aprovecha de su gana, ni podemos nosotros vivir sin la muerte de las otras cosas, que hizo naturaleza. Luego viene la vejez, do el hom- bre comienza á hacerse los aparejos de la muerte. Entonces el calor se resfria, las fuerzas le desam- paran, los dientes se le caen como poco necesarios, la carne se le enjuga y las otras cosas se le van parando tales cuales han de estar en la sepultura, hasta que al fin vienen volando con alas á quitarle de sus dulces miserias; aun ahí, en la despedida, le afligen nuevos males y tormentos. Allí vienen los dolores crueles, allí turbaciones, allí le vienen suspiros con que mira á la lumbré del cielo que vá ya dejando, y con ella los amigos y parientes, y otras cosas que amaba, acordándose del eterno apartamiento que de ellas ha de tener, hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables en que el alma los deja retraída, á despedirse del seso y el corazon y las otras partes principales, do en secre- to solia ella tomar sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida estremeciéndolo el cuerpo y á veces poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, do se re- presentan las crudas agonías en que dentro anda entre el amor de la vida y el temor del infierno, hasta que la muerte con su cruel mano la deshace de las entrañas. Así fenece el miserable hombre.

PEREZ OLIVA. (*Diálogo de la dignidad del hombre.*)

TRABAJAR PARA SU DAÑO.

La madre de un muchachó campesino
Ganaba de comer hilando lino;
Y el muchacho, grandísimo galopo,
Le hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
Un látigo tremendo,
Con la benigna idea
De zurrar á los chicos de la aldea.
Los ócios del amigo no eran buenos;
Su intencion, por lo visto, mucho ménos.
Dióse á pelar la rúca tanta prisa
Que hubo la madre de notar la sisa,
Y registrando desde el piso al techo
El látigo encontró de hurtillos hecho.
Cojióle furibunda

Y al hijo dió con él tan récia tunda,
Que á contar de las posas al cogote
No le dejó lugar libre de azote;
Diciendo al batanarle de alto á bajo:
«Mira como te luce tu trabajo,
A robar te llevó tu mal deseo,
Y con el robo yo te vapuleo.»
Siempre verás que el vicio
Se labra por sus manos el suplicio

HARTZENBUSCH.

LA ALIANZA EVANGÉLICA.

Hé aquí el programa de las conferencias gene- rales de los cristianos de todas las naciones con- vocados por la Alianza Evangélica. Las sesiones habrán tenido lugar en Nueva-York, desde el 2 al 12 de Octubre.

Jueves 2. Sección preparatoria. Discurso de apertura del presidente reverendo Guillermo Adams á los miembros y delegados de la conferen- cia, y respuestas de algunos de estos.

Viernes 3. Organización de las conferencias. Lectura y discusión de las Memorias sobre el Es- tado del cristianismo en los diversos países.

Sábado 4. Reunión general: Unión cristiana.—1. La fé en Cristo base de la unión.—2. La comu- nion de los santos; su carácter y su desenvolvi- miento bajo las distintas variedades de la comu- nion cristiana.—3. La Alianza Evangélica. Su in- fluencia para promover la unión cristiana y la li- bertad religiosa.—4. Relaciones espirituales y ecle- siásticas que deben existir entre los Estados- Unidos de América, la Gran Bretaña y el continen- te europeo.—5. Cambio de cátedra.

Domingo 5. Sermones de los ministros europeos del santo Evangelio en los templos abiertos á la Unión.

Lunes 6. El cristianismo y sus adversarios.—1. Racionalismo y panteísmo.—2. Materialismo y positivismo.—3. Métodos mejores para combatir la moderna incredulidad.—4. Armonía entre la cien- cia y la revelación.—5. La historia evangélica y la crítica moderna.—6. Teología y filosofía.—7. Fé y razon.—8. Cristianismo y humanidad.

Martes 7. La vida cristiana.—1. La religion personal. Qué es lo que favorece y qué es lo que impide su desenvolvimiento.—2. La plegaria y el sistema de la naturaleza.—3. La religion en la fa- milia.—4. Escuelas dominicales.—5. La instruc- cion religiosa y la instruccion laica.—6. Obliga- ciones impuestas por el cristianismo y lo que de- ben hacer los que le profesan así en los negocios públicos como en los comerciales. Uso legítimo de las riquezas.—7. Libros religiosos. Qué debe ha- cerse para que produzcan un bien permanente.—8. La literatura moderna en sus relaciones con el cristianismo.—9. La cátedra cristiana en nuestros tiempos.—10. Las asociaciones cristianas de jóve- nes.

Miércoles 8. Protestantismo y catolicismo.—1. Principios de la reforma. Autoridad de la Biblia, justificacion por medio de la fé. Libertad cristia- na.—2. Influencia de la reforma sobre la civiliza- cion moderna.—3. Carácter del catolicismo en nuestra época. Los nuevos dogmas de la Inmacula- da Concepcion y de la infalibilidad papal. El Con- cilio del Vaticano. Carácter político del catolicismo moderno y del jesuitismo.—4. Movimiento de los viejos católicos. Reaccion contra el ultramontanis- mo.—5. La educacion que se requiere para hacer al clero protestante apto para responder á las nece- sidades intelectuales y prácticas de nuestra época.

Jueves 9. El cristianismo y el gobierno civil.—1. Estado actual de la libertad religiosa en varios pueblos cristianos.—2. La Iglesia y el Esta- do.—3. Constitucion y Gobierno de los Estados- Unidos en lo que se refiere á la religion.—4. La le- gislacion bajo el punto de vista moral.—5. La ob- servancia del domingo.—6. La Iglesia libre en el continente europeo.—7. Efectos de la libertad ci-

vil y religiosa sobre el cristianismo.—8. Manteni- miento de los ministros del culto.

Viernes 10. Las misiones cristianas en el inte- rior y en el exterior.—1. Las misiones protestan- tes comparadas con las católicas en lo que respecta á sus principios, á su método y á sus resultados.—2. Las misiones protestantes en la Iglesia orien- tal.—3. Las misiones en pueblos poco civilizados y entre los paganos.—4. Division territorial de los diversos campos de misiones y relaciones fraterna- les de los misioneros.—5. Servicios prestados por las misiones á la ciencia, á la literatura, y al co- mercio.—6. Evangelizacion de las multitudes en países cristianos. Misiones internas, misiones ur- banas en Inglaterra, en América y en otras partes. La predicacion laica.—7. La ley del progreso en el reino de Cristo. Obstáculos y apresuramientos providenciales en el progreso de las misiones.—8. El porvenir del cristianismo.

Sábado 11. El cristianismo y los males de la so- ciedad.—1. El cristianismo considerado como poder para levantar al criminal.—2. La intempe- rancia y su supresion.—3. El delito y su repre- sion.—4. El matrimonio y el divorcio.—5. Los in- dios y los hombres libres en los Estados-Unidos.—6. La cuestion del trabajo.—7. La guerra y los ar- bitrajes políticos.—8. El delito y el delincuente.—9. La filantropía cristiana.—10. Hospitales. Refu- gios. Escuelas.

Domingo 12. Clausura de las conferencias; ser- mones en varias iglesias de Nueva-York y de los contornos. Servicios de despedida.

PENSAMIENTOS.

Es un derecho natural en todo hombre adorar á Dios como lo juzgue conveniente. Nadie puede salvarse ni perderse por la religion de otro.

TERTULIANO.

La ocasion de hacer feliz á alguno es más rara de lo que se cree; el castigo de no haberla aprove- chado, es no volverla á encontrar.

J. J. ROUSSEAU.

La soledad es mala para todo aquel que no está con Dios.

CHATEAUBRIAND.

Suele ser cosa corriente llamar agitadores á aquellos que anuncian al mundo verdades de que este no gusta.

QUESNEL.

Es preciso abrir la puerta del corazon á la ver- dad como á una dueña y como á una reina, y no cerrársela como á una enemiga.

QUESNEL.

Es un hermoso viaje el de la tierra al cielo pa- sando por el Gólgota.

QUESNEL.

Todo le falta á aquel que piensa que no le falta nada.

S. BERNARD.

Es preciso seguir á Jesucristo lo mismo por la locura de su moral que por la locura de la cruz.

QUESNEL.

La filosofia no puede hacer ningun bien que la religion no le haga mejor aún, y la religion ha hecho muchos que la filosofia no podria hacer.

J. J. ROUSSEAU.

NOTICIAS VARIAS.

Escriben de Suiza comunicando el texto de la sentencia del tribunal de apelacion y de casacion en la causa seguida contra 69 curas del Jura ber- nés. Hé aquí la sentencia:

«Considerando, etc., falla:

Que se aprueban las medidas tomadas por el Consejo ejecutivo en los asuntos de la diócesis;

Que se pase á la orden del día:

1.º En cuanto á la protesta del Sr. Eugenio Lachat;

2.º Sobre la protesta enviada del Jura bernés acerca de este asunto,

Y 3.º Sobre la declaracion de 97 eclesiásticos católicos;

Que se conceda al Consejo ejecutivo la autorización prevista en el art. 40 de la Constitución cantonal de Berna, relativamente á las medidas militares que pueda reclamar la seguridad pública;

Considerando que á pesar de la disposición de la autoridad superior del canton, ninguno de los eclesiásticos inculcados ha retirado su protesta, que al contrario, la mayor parte de ellos han protestado de nuevo contra las medidas tomadas, y declarado que el juramento por el cual han jurado al obispo Mr. Lachat respeto y obediencia les impide someterse á las medidas tomadas por las autoridades civiles;

Considerando que al declarar, como lo han hecho, que las medidas tomadas por el Estado no tienen para ellos ningún carácter ni valor alguno, y que no admiten ni pueden admitir las prohibiciones hechas por el Gobierno que continúan recibiendo de la autoridad eclesiástica todas las comunicaciones y escritos para ser leídos y comunicados, á pesar de las órdenes del Gobierno, y que no admiten ninguna modificación de la organización exterior del culto fuera de la autoridad de la Iglesia, los curas se han puesto en resistencia abierta á las leyes de la autoridad civil;

Considerando que de este modo han contravenido á sus deberes de funcionarios establecidos, salariables y juramentados; que por lo tanto se han hecho indignos ó incapaces de ser mantenidos como curas al frente de las respectivas parroquias que hasta hoy han administrado:

Por estos motivos,

Fundándose en los artículos 7.º y siguientes de la ley de 20 de Febrero de 1851,

El Tribunal de apelacion y casacion, falla:

1.º Quedan destituidos de sus funciones todos los curas comprendidos nominalmente en la presente sentencia.

2.º Todos los eclesiásticos que se citan quedan inhabilitados para ejercer funciones eclesiásticas en el canton de Berna hasta que retiren su protesta del mes de Febrero de 1872.

Quedan además condenados solidariamente al pago de las costas de la causa.

Segun se vé por esta sentencia, las autoridades y tribunales suizos continúan firmes en su propósito de hacer que el clero respete las leyes de aquella República.

Los electores del canton de Neuchâtel en Suiza fueron convocados los días 12, 13 y 14 de Setiembre para pronunciar su voto sobre una proposición de revision de Constitución cantonal. Una de las cuestiones sometidas al voto concernía á las relaciones del Estado con los cultos. Cinco mil seiscientos noventa y cinco peticionarios exigían para todos los cultos mayor independencia, así como libertad é igualdad completas para todas las asociaciones religiosas. Pedíase, pues, la separación de la Iglesia y el Estado, y esta proposición fué rechazada por 6.833 votos contra 6.867, es decir, por 16 votos. En consecuencia de este resultado, la nueva ley eclesiástica es ejecutoria.

Como se vé, por 16 solos votos han triunfado en el canton de Neuchâtel los enemigos de la separación de la Iglesia y del Estado: pero el triunfo definitivo será suyo cuando se trate otra vez de reformar la Constitución en este punto.

Anuncian de Roma que el día 2, con ocasión del aniversario del plebiscito romano, recibió el Papa á 300 individuos de las asociaciones católicas.

El Padre Santo, en su alocucion, comparó á los 300 visitantes con los 300 compañeros de Gedeon, y les alentó, dándoles la esperanza de mejores tiempos; tanto mayor, añadió, cuanto que ha comenzado ya la disension en el campo enemigo.

Si Su Santidad fia en la *disension del campo enemigo* para recobrar sus Estados y otras cosas, largo tiempo de espera y de desesperacion queda á Su Santidad.

Dice el *Irurac-bat* de Bilbao:

«Más de 400 curas, al decir de un amigo nuestro, se reunieron en Guernica durante la permanencia del de Este en aquella villa.»

Y en tanto sus parroquias abandonadas.

«Qué ejemplos tan dignos de censura nos están ofreciendo hace ya muchos meses los curas católicos!»

El ministro de Cultos de Berlin ha recibido el juramento del primer obispo de la nueva secta, llamada de los «viejos católicos», cuyo reconocimiento oficial ha sido así sancionado.

Lo celebramos.

Es una nueva bandada de almas que se escapan del seno egoísta y estrecho del catolicismo romano.

El arzobispo católico de Posen continúa sufriendo persecuciones del Gobierno alemán, habiéndosele impuesto una nueva multa.

Se empeña en oponerse á las leyes del país, y el Gobierno le considera como á un rebelde. La justicia para todos.

La Asamblea Nacional francesa ha decretado, como medida de utilidad pública, la erección de una iglesia en el monte de Montmartre, dedicada al «Sagrado Corazon de Jesús», devoción inventada y adelantada por la desgraciadamente alucinada Marie Alacoque en el siglo pasado, y al convento de la cual, en Paray-le-Monial, se dirigía aquella romería hecha ridículamente, afamada por los cincuenta diputados ultramontanos, bajo la dirección de M. de Belcastel, el mes pasado. El arzobispo de París tiene 700.000 francos para comenzar con ellos la iglesia, edificada sobre el lugar donde Ignacio de Loyola maquinaba su horrible conspiración contra la Reforma, esta ha de ser para París lo que es Fourvières para Lyons, que significa para cada hombre de ideas católico-romanas protección contra el rayo, pestilencia y espada;—aunque la virgen de Fourvières permitió quemarse, poco hace, su propia capilla, causando un daño de 20.000 francos,—pero para cualquier otro hombre significa esclavizar la gente en la más crasa superstición, lanzándola por medio de la reacción en una horrenda incredulidad.

Los lyoneses están molestados, casi fuera de medida, por el modo con que el nuevo prefecto pensaba dar fin á las demostraciones políticas, al entierro de libertinos. Decretó que todo féretro no acompañado por un ministro de cualquiera de las creencias reconocidas por el Estado, habia de tener lugar antes de las seis de la mañana en el verano, y antes de las siete en el invierno (renovando así una de las leyes perseguidoras de Luis XIV contra los protestantes.)

Resultó que 2.000 y 3.000 personas continuamente acompañaban al sepulcro al más humilde de los irreligiosos, como una protesta. Se mandó luego á la policía que interrumpiese tales procesiones, permitiendo seguir solo 300. El otro día 30 polizontes, revolver en mano, iban á ejecutar esta tarea dificultosa, y he aquí, ¡no habia ningún asistente! Tales son las calamitosas contiendas que agrian los partidos; mientras que *Les Annales*, periódico católico romano, pone leña al fuego con un lenguaje, de que puede servir por

muestra lo siguiente: «Teneis más de lo que os toca, pues se os ha permitido enterrar vuestros muertos junto á los nuestros.... Teneis solo *derecho al osario*, y se os ha acordado un cementerio; ¿qué causa teneis, pues, de queja?»

Hace poco que un mejicano, ministro protestante, bautizó un niño en la ciudad de Capuhac. Fué atacado luego en la calle por un populacho de romanistas, que le echaron al suelo á trancazos. Estando así tendido, uno de los acometedores alzó su puñal y se lo clavó en el pecho. El golpe fué detenido por un amigo, que fué arrojado con él; así que solo traspasó su vestido, pero el amigo, que le salvó, fué atacado y muerto inmediatamente en el mismo lugar.

Otros tres protestantes fueron gravemente heridos. El ministro mejicano, con su esposa, cuatro niños, y su pequeño rebaño de cerca de 12 personas, han huido todos, y están errando sin permitirseles volver á sus casas.

El Gobierno del Perú ha encargado la entrega de 30.000 *Biblias* para el uso de las escuelas públicas del país.

Mucho lo celebramos.

ADVERTENCIA.

Habiéndose ausentado nuestro Director por algun tiempo, rogamos á todos aquellos que tengan que enviar á esta Redaccion cartas, artículos ú otra cualquier clase de remitidos, que lo hagan á D. Andrés Sanchez del Real, calle de Santa Isabel, 39, segundo derecha, ó bien á la calle de la Madera Baja, núm. 8, Capilla Evangélica.

OTRA.

Hacemos presente de una vez para siempre á los Sres. D. R. Blanco, de Jerez; D. J. Corduras, de Monsambarba, y á todos los suscritores de provincia que se encuentran en igual caso, que esta Administracion no remite más que una sola vez á cada suscriptor el número ó los números que le corresponden. Nosotros depositamos en la Administracion de Correos, como es nuestro deber, los ejemplares que á cada uno de nuestros abonados pertenecen. Si se pierden ó se extravían, ó son detenidos en alguna Administracion subalterna, acháquese esta falta á la Direccion de Correos y no á nosotros, que no la tenemos. Conste esto para en adelante.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.